





# Sara

y el misterio  
del muñeco  
maldito

Lola Llatas



© Ediciones DIQUESÍ  
© de la autora: Dolores Llatas  
Ilustraciones: Golyperia  
Edición: María J. Gómez  
Diseño: Golyperia



novedad@edicionesdiquesi.com  
www.edicionesdiquesi.com  
ISBN: 978-84-945196-8-0  
Depósito Legal: M. 31.068-2018  
© Todos los derechos reservados  
1ª Edición: Madrid 2018

Impreso en España por Estiló Estugraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

# Prólogo

**R**econozco que este misterio sí que lo vi venir desde el primer momento, y eso ya dice mucho de mí y de mis dotes detectivescas.

Se conoce que debo haber desarrollado un sexto sentido, así, de repente, sin darme cuenta, pero la cuestión es que sabía que nos estábamos metiendo en un enigma. Y de los gordos.

Esto supone un antes y un después en mi carrera, creo yo, porque casi mejor que prefería lo de antes, que los misterios irresolubles me pillaran de sopetón, para no poder evitarlos aunque quisiera.

Se necesita mucha sangre fría para saber que una se está metiendo en el fango hasta las cejas y no salir corriendo dejándolo todo pringado.

También es verdad que no sabía muy bien hacia dónde salir huyendo. Todo esto nos pilló a mi prima Adela y a mí en un campamento en medio de la montaña, al norte de España, a más de diez horas de cualquier familiar.



Lo de las diez horas, un martirio, por cierto. Una parte de mí, por muy en peligro que estuviera, no tenía ganas de que se acabara el campamento por no tener que hacer el camino de vuelta.

Bueno, pero no reflexiono más y

*os dejo con el misterio...*

*del muñeco maldito.*



# El autobús

**A**dela y yo nos íbamos de campamento y aquel era un acontecimiento maravilloso, se mirase por donde se mirase.

Lo primero era que iba con Adela, que como tenía entonces trece años, cuatro más que yo, era toda una inspiración para mí. Desde que mis tíos nos dieran la gran noticia, no había dejado de soñar despierta todo el tiempo y me imaginaba con mi prima, como las mejores amigas que éramos, escalando juntas y peleándonos juntas contra los osos y navegando juntas en barca por el lago... Eso sí, remando yo.

Lo segundo era que me iba por vez primera de campamento. Me había estudiado el folleto de cabo a rabo y me sabía de memoria las fotos. Había abetos, montañas nevadas, cervatillos bebiendo agua de los ríos del bosque... Estaba emocionadísima, y no podía esperar a mimetizarme con el paisaje y las florecillas de la foto número dos.

Lo tercero: las actividades que tenían allí preparadas para nosotras. Iban desde lanzarse en tirolina hasta ir al teatro, pasando por excursiones y paseos por



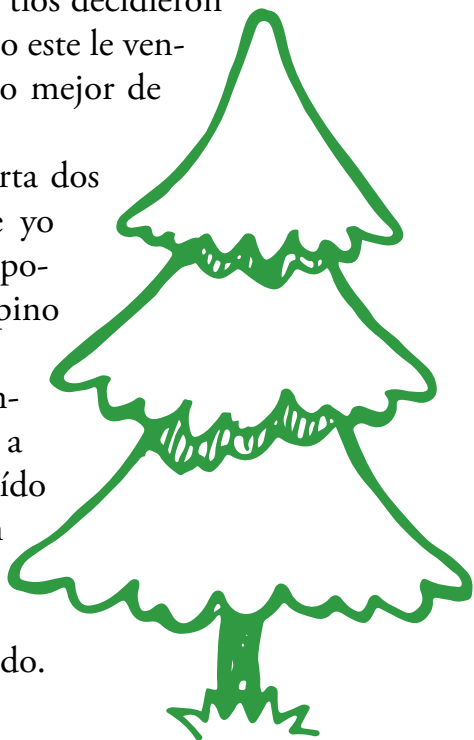
el lago en los que, como ya he dicho, me había hecho a la idea de remar yo. No podía pedir peras al olmo.

Aún recuerdo el día que mis tíos nos dieron la sorpresa de lo del campamento. Sucedió en una época en la que *Adela*, que nunca había sido muy buena en los estudios, por fin decidió sacar a relucir su potencial y comenzó a sacar sobresalientes en todo, día sí y día también.

Fue aquella una época muy entrañable, y mi prima, normal, se vino arriba y comenzó a interesarse no solo por su futuro académico, sino por recibir los estímulos que más la motivaran para mejorar cada día un poquito más. Decía que necesitaba inspiración, que era un árbol floreciendo en la intelectualidad y que nada la impediría convertirse en un gran pino. Fue entonces cuando mis tíos decidieron que un campamento como este le vendría muy bien y sacaría lo mejor de ella misma.

Y como había una oferta dos por uno, decidieron que yo me fuera con ella, a ver si podía convertirme en un pino yo también.

Yo encantadísima, aunque aún me pregunto a quién más se hubieran traído si la oferta llega a ser un tres por dos. Hubiéramos tenido que contratar a alguien o algo parecido.



Qué alegría nos dio a todos lo del campamento. Mi prima ojeó el panfleto y nos dijo que le parecía muy bien, que tenía muy buena pinta y esperaba que no la defraudara y cumpliera con todas sus expectativas.

Lástima que dos semanas después de aquel día tan entrañable en el que merendamos chocolate con churros para celebrarlo, Adela volviera a sus malas notas de siempre, día sí y día también.

Resulta que sus sobresalientes se habían debido al intento de invasión extraterrestre que sufrió el colegio hacía apenas un mes. Todo lo explico en mi segundo misterio, el de

Sara y el misterio de los  
Profesores Extraterrestres...

*¡Quién lo iba a decir!*

Y ahora, sin invasión ni nada, Adela ya no estaba interesada en cultivarse ni en ponerse gafas sin graduación para parecer más lista. Más bien me atrevería a decir que estaba hasta fastidiada de ir al campamento y todo, o al menos eso repetía sin cesar.

Lo único malo, lo que estaba eclipsando la magia del momento, era la paliza de autobús que nos estábamos metiendo entre pecho y espalda. Valencia-Cantabria, se dice pronto, y encima parando cada tres horas... Aún no entiendo por qué no pudimos ir en velero, con la brisa del mar acariciándonos la cara, si tanto Valencia como Cantabria tienen costa. Hubiera sido mejor y habríamos tardado menos.



—*Menuda vuelta nos están dando* — dijo Adela.

—¿Cuánto llevamos? —le pregunté.

Y mi prima miró hacia su muñeca, desganada y sin despegar la nuca del asiento.

—Súbeme la manga para que veamos el reloj y te lo digo.

Y yo le subí la manga, pobre.

—Pues según mis cálculos llevamos hora y media. No debe de quedar mucho.

Recuerdo lo contentas que nos pusimos las dos cuando el autobús hizo la primera parada reglamentaria. Pensábamos que ya habíamos llegado a destino y saltamos de alegría. Nos dimos palmaditas en la espalda y nos decíamos que no había sido para tanto y que tocaba pasárselo bien.

Bajamos del autobús y nos colocamos frente al compartimento del equipaje, esperando a que se abriera. Éramos las primeras, qué suerte, pero aquello no se abría. Se nos acercó entonces Ana, la coordinadora que nos acompañaba en el autobús, y nos preguntó si necesitábamos algo de nuestras mochilas.

—Pues sacarlas —respondió Adela con su mirada de “pues qué quieres que quiera”.

—Si necesitas algo muy urgente lo podríamos intentar, pero si no, tendrás que esperar a que lleguemos al campamento —nos dijo.

—*¿Es que no es esto el campamento?*

Miramos a nuestro alrededor y se nos cayó el mundo entero a los pies. Por allí estaban esparcidos los demás campistas, sentados sobre piedras y en los ban-



cos de madera de un merendero cercano. Había otros que hacían cola para el baño, e incluso hubo quien sacó un bocata y se puso a almorzar. Aquello era un alto en el camino para confundir y punto.

—*¿Y entonces, cuánto falta?* —preguntó Adela.

—Ponle unas ocho o nueve horas más —dijo la monitora—. Pero se os van a pasar volando, ahora cuando subamos pondremos una película y antes de que os hayáis dado cuenta habremos llegado. Podríamos incluso cantar...

—No, por favor —interrumpió Adela—. Si cantamos me tiro en marcha, no me podré controlar.

Y mi prima fue a sentarse sobre una piedra que quedaba libre. Su cara era la de la resignación más absoluta.

—*Es muy injusto* —comenté con Ana antes de acompañar a Adela—, nos habíamos hecho tantas ilusiones... Ahora estamos rotas.

La monitora se encogió de hombros y se alejó hacia un grupo de personas entre las que se encontraba el conductor del autobús.

Mi prima y yo los miramos. Reían.

—Están todos compinchados —me dijo Adela.

Y no le faltaba razón. Solo bastaba con ver cómo se reían.

\*\*\*

Cuando subimos de nuevo al autobús me dediqué a estudiar al resto de pasajeros.

Allí había un poco de todo, desde los que rondaban mi edad hasta la de *Adela*, no mucho más mayores. El autobús estaba lleno y, la verdad, no se distinguía entre los que iban genuinamente al campamento y los que íbamos para rellenar la oferta del dos por uno.

Todos parecían más animados desde aquella primera parada y se había formado ya algún que otro grupito que charlaba animadamente. Al parecer, durante el descanso aprovecharon para presentarse y eran los mejores amigos.

Tal vez *Adela* y yo debimos hacer lo mismo y sociabilizar, en lugar de sentarnos en aquella piedra cubriéndonos la cara con las manos y repitiendo que no íbamos a aguantar más autobús, que aquello era una pesadilla y que si por favor alguien podía despertarnos de ella.

*HICIMOS mal, lo reconozco.*

Nos habíamos tirado piedras en nuestro propio tejado.

Miré a mi prima. Tenía los ojos clavados en el techo del autobús y no movía un pelo. Debía de haber algo muy interesante allí, pero, por mucho que yo miraba, no veía nada de nada.

—Sara, no estoy mirando nada. Solo cuento los segundos hasta que mi cabeza explote.

Eso era otra cosa.

—Vale, pues entonces no busco más.

Pobrecilla, seguro que en cuanto llegáramos se encontraría mejor y volvería a ser la *Adela* popular y

dicharachera de siempre. Debíamos estar al caer. Pararíamos de un momento a otro.

—Hola.

La voz procedía de detrás de mí y me giré enseguida. Entre el asiento de Adela y el mío emergía una cabeza sonriente, la más sonriente de todo el autobús, diría yo. Era la de una niña, la pasajera de la fila de detrás.

—Hola —le dije sonriendo yo también para no ser menos.

—Me llamo **Elisa**, ¿y tú?

—Yo soy Sara y esta es mi prima Adela. A ella es a quien le regalaron el campamento, yo soy el dos por uno.

Se lo tenía que decir, había decidido ir con la verdad por delante.

—¡Yo también soy el dos por uno! —me contestó aún más sonriente, si cabía—. Mi hermana mayor, Laura, es la que necesita el campamento de verdad para desinhibirse y hacer algo de deporte, yo estoy aquí de rebote.

Asomé la cabeza para ver a su hermana. Quería ponerle cara porque yo soy así, muy de poner cara a las cosas que me cuentan, supongo que por curiosidad detectivesca. Pero allí, junto a Elisa, había sentado un chico un poco más mayor, con auriculares en las orejas y los ojos cerrados.

—Jeje —dijo Elisa entonces—. Mi hermana es aquella de allí.

Y señaló un grupo que charlaba animadamente en las últimas filas del autobús.

—Es la del pelo en melenita, la de la capucha —me aclaró.

—¿La que habla todo el rato moviendo tanto los brazos? —pregunté.

Quería ponerle la cara que le correspondía.

—Sí, parece que ya se ha desinhibido. Este campamento ha sido un dinero muy bien gastado.

Yo asentí con la cabeza.

—¿Y qué le pasa a tu prima? —me preguntó entonces—. ¿Le hace falta también desinhibirse o es más cosa de lo del deporte?

—No, qué va —le contesté—. Ella está bien desinhibida y eso. *Adela* viene más por el desafío intelectual que el campamento supone. Quiere abrir la mente e inspirarse. ¿Sabes? Hubo una época en la que era la más lista de la familia, hace un mes o así.

—Mucha suerte, Adela —le dijo Elisa poniéndole una mano en el hombro.

—Es mi primer campamento —confesé.

—¡Y el mío! —me contestó—. ¡Eso es genial! ¡Podríamos ser amigas! ¡Podríamos ir juntas a las actividades! ¡Lo vamos a pasar muy bien!

A mí me dio mucha alegría. Me había elegido a mí de entre todo el autobús para ser su camarada, su mejor amiga, su compinche... y una emoción grandísima me envolvió entera. Pero tenía que ser realista y poner los pies en el suelo, así que, ocultando lo mejor que pude mis ganas de llorar, le dije muy a mi pesar:

—Me encantaría, Elisa, pero Adela, aquí presente, me necesita. No puedo dejarla así.

Las dos miramos a mi prima, que parecía dormir con los ojos abiertos.

—Te puedes ir con tu amiga, Sara, pero si por alguna de aquellas hubiera que remar por parejas, la dejas y te vienes a remar conmigo. Después, como si no te veo.

Lo dijo así, mirando al techo, sin más expresión, y Elisa y yo nos miramos y sonreímos. Adela era tan noble que comprendía que querer a alguien significa dejarlo marchar, a veces. Nunca olvidaría ese gesto.

—No te preocupes, Adela —le dijo Elisa dándole unas palmaditas en el brazo—, estamos a punto de llegar, seguro, debe de faltar nada.

Y ocho horas después vimos el cartel de



# El campamento

Cuando por fin la coordinadora Ana se paseó de arriba abajo por el pasillo del autobús, despertándonos y diciendo que estábamos a punto de llegar, no podíamos creerlo. Habíamos perdido la esperanza de llegar algún día, así que aplaudimos con ganas y todo.

—¡Ese es el espíritu! —decía ella levantando los brazos para que aplaudiéramos más—. ¡Campamento Margarita necesita gente con ganas, como vosotros!

Claro, ahora lo entendía todo: la organización nos había hecho soportar ese calvario de viaje en bus para hacernos llegar con más ganas que nunca. Muy, pero que muy, inteligente.

Elisa y yo parecíamos las mejores amigas de toda la vida. Nos habíamos contado todas nuestras cosas y habíamos compartido secretos y todo.

Yo le dije que era detective de misterios, pero que no se preocupara, que pensaba aprovechar el campamento para estar de vacaciones y que no iba a investigar ni nada. Así de ilusa era yo entonces...

